

Dignificar la historia. La reivindicación del papel de las FLN en el levantamiento zapatista.

Gerardo Alarcón Campos

Jesús Eduardo Medina Gutiérrez.

Introducción

El mes de noviembre ha marcado una inflexión importante en la historia reciente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Con la salida del cuaderno cuatro de la serie “Dignificar la historia” de la editorial de la Casa de Todos y Todas, actores históricos de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) han decidido alzar la voz por la reivindicación del papel de los militantes históricos y el respeto a su memoria. Las declaraciones del comandante “German” sobre la modificación de la historia del proyecto y los objetivos del levantamiento zapatista, han sido tomadas por unos como un ataque y por otros como una justa medida para esclarecer la historia.

La relevancia de estos cuadernos, además de las declaraciones realizadas, no es menor, el levantamiento zapatista de 1994 es, quizás, uno de los acontecimientos de los que más se ha escrito en la historia contemporánea de México. La rebelión zapatista fue un suceso completamente inesperado que no solo hizo voltear la mirada hacia uno de los rincones más olvidados y oprimidos del país: Chiapas, sino que también presentó ante los sorprendidos ojos de México y el mundo, la existencia y vigencia de una forma de lucha invisibilizada por el Estado y la izquierda partidista: El Movimiento Armado Socialista.

Ciertamente, la amplia bibliografía académica y periodística sobre el Zapatismo es abundante en detalles referentes a los acontecimientos del amanecer del 1 de enero de 1994 y de los años que le han seguido: el cese al fuego, las mesas de negociación, las históricas jornadas de protesta a nivel nacional e internacional, los proyectos políticos y, por supuesto, la extensa narrativa discursiva, literaria y poética de quien ha sido el rostro más visible y emblemático de dicho movimiento y que por años ha desempeñado el papel de imagen pública: Rafael Sebastián Guillén Vicente, el subcomandante insurgente Marcos.

Pero algo ausente en la gran mayoría de estos trabajos ha sido la historia de los orígenes del EZLN y cómo fue el proceso de organización político-militar que hizo posible aquel amanecer del primero de enero.

La mayor parte de las obras en torno a la insurrección del 94, así como la versión más extendida entre medios de comunicación y militantes de la izquierda mexicana ha sido la de la “izquierda buena”, la de grupos de campesinos de comunidades indígenas que, a diferencia del resto del Movimiento Armado Socialista, no buscaba la toma del poder político, sino la visibilización de la opresión étnica y la búsqueda de los derechos de los pueblos originarios. Es justo este discurso, aunado a las formas horizontales de organización reivindicadas al interior del EZLN, lo que les permite sobrevivir a la guerra con el Estado Mexicano y ganarse el apoyo de amplias masas de población en México y a nivel internacional.

Es evidente la trascendencia de esta lucha. Sus efectos simbólicos marcan un antes y un después en las formas del Movimiento Armado Socialista en México y el mundo. La izquierda se encontraba envuelta en una crisis organizativa e ideológica tras la caída del muro de Berlín, el fin del bloque del llamado “socialismo real” y el discurso del fin de la historia, por lo que una insurrección de esta forma, con tan amplias masas de militantes, estructuras que apelaban a la participación organizativa de los milicianos y un discurso de reivindicación casi poética de la lucha por la vida, revitalizó la lucha contra el capitalismo.

No obstante, en esta versión hay importantes detalles dejados de lado, en su momento, como necesidad estratégica ante la imposibilidad de la extensión del proceso revolucionario y como mecanismo de protección de un proyecto y una estructura organizativa más amplia, las FLN, cuya historia y actores, por desgracia, se encuentran eclipsados ante el resultado de su propia lucha. Es nuestro objetivo en esta breve revisión, rescatar su historia desde sus propios documentos, integrados en los cuatro libros de la serie “Dignificar la historia”.

Las Fuerzas de Liberación Nacional

Las FLN nacen el 6 de agosto de 1969 en la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Sus fundadores, César Germán Yáñez Muñoz, Alfredo Zárate Mota, Mario Alberto Sáenz Garza, un año antes habían pertenecido al Ejército Insurgente Mexicano, un efímero proyecto guerrillero encabezado por el periodista Mario Menéndez, director de la revista “¿Por qué?”

A diferencia de otras organizaciones surgidas en el mismo periodo, las FLN se distinguieron por el desarrollo de sus actividades organizativas en la más estricta clandestinidad. Esto significa que las FLN, a diferencia de organizaciones como la Liga Comunista 23 de septiembre, nunca realizaron secuestros políticos, expropiaciones bancarias o enfrentamientos con las fuerzas de seguridad.

Las FLN sabían que el proceso organizativo de la revolución sería lento, paciente y cauteloso. Por eso enfocaron sus esfuerzos en fortalecerse como organización mediante el reclutamiento selectivo y cuidadoso de los mejores elementos surgidos de diferentes procesos de lucha social. Los simpatizantes, colaboraban con la construcción organizativa mediante cuotas o mediante la realización de trabajos que no comprometieran su seguridad personal o de la organización: compra de víveres, material de trabajo o renta / compra de inmuebles y vehículos.

Por otro lado, los militantes profesionales debían incorporarse plenamente a la clandestinidad, lo que significaba la renuncia total a su vida anterior: estudio, trabajo y familia, para dedicarse de tiempo completo para la organización en tareas que implicaban mayor riesgo: acopio de armas, comunicaciones, trabajo político, establecimiento de casas de seguridad y exploraciones de potenciales áreas de operación.

Para las FLN, la ética y profesionalismo revolucionarios era de suma importancia, pues un trabajo serio, responsable, eficaz y discreto significaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Este método de trabajo les permitió a principios de enero de 1972, establecer en el Rancho El Chilar, ubicado en las inmediaciones de Ocosingo, Chiapas, el Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, el primer esfuerzo de las FLN por implantar en dicho Estado un destacamento armado de tipo rural. Dicho foco era operado por los militantes profesionales y era alimentado por una red de abastecimiento establecida a lo largo del país, el cual nutría al Núcleo de todos los recursos necesarios para su operación.

Sin embargo, los mecanismos contrainsurgentes del Estado mexicano lograron descubrir, por accidente, la existencia de las FLN el 19 de julio de 1972, cuando un grupo de agentes policiacos que creyeron haber hallado una casa de seguridad de narcotraficantes, encontraron una casa de seguridad de las FLN en Vista Ocaso, colonia Linda Vista en Monterrey.

Pese a que lograron solventar aquella crisis de manera limpia, en febrero de 1974 las FLN sufrirían su primer y más grave golpe represivo, ya que implicó la caída de uno de sus principales centros de operaciones: la Casa Grande de Nepantla, Estado de México, y el descubrimiento y caída del Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata, junto con el primer responsable nacional de las FLN, Cesar Germán Yáñez.

Las FLN se reponen de este golpe represivo, asumiendo Mario Alberto Sáenz Garza, el cargo de responsable nacional de las FLN, dando comienzo en el año de 1975 la reorganización de las redes urbanas mediante la reagrupación de los militantes que se habían dispersado, el establecimiento de nuevas casas de seguridad y la realización de nuevas expediciones a la selva chiapaneca para establecer una nueva zona de operaciones para el foco guerrillero y realizar los primeros acercamientos con las comunidades de la selva. Dichos trabajos, se interrumpirían momentáneamente a causa de la inesperada muerte de Mario Alberto Saénz Garza el 7 de marzo de 1977, herido de bala mientras se encontraba cazando junto a sus compañeros.

En el año de 1978, las Fuerzas de Liberación Nacional, plenamente recuperadas de los golpes sufridos en el año de 1974 por la represión contra la primera generación de militantes y en 1977 por una escisión interna ocasionada por militantes inconformes con la designación de un nuevo responsable nacional, retornan a Chiapas para realizar exploraciones en la Selva Lacandona y entablar los primeros contactos con las comunidades indígenas.

Las FLN inician un proceso de capacitación técnica, política y militar que les permite profesionalizar a sus militantes y estructurar una red nacional que conectaría a los centros urbanos donde tuviesen casas de seguridad con la zona de operaciones en Chiapas donde, para el año de 1979 dan inicio los primeros ejercicios militares, exploraciones geográficas e incluso se filma material propagandístico que era presentado a los nuevos reclutas para dar a conocer el trabajo de la organización.

Establecida esta red nacional, las FLN realizarían un arduo trabajo de reclutamiento entre los líderes indígenas cuya participación política dentro de los procesos de lucha regionales habían sido de particular importancia. De 1980 a 1982 las FLN recibirían en sus casas de seguridad a la primera generación de militantes indígenas tzotziles, los cuales, recibirían

cursos de historia, economía política, medicina, comunicaciones, periodismo, cursos técnicos para el manejo de máquinas y herramientas, topografía e instrucción militar básica.

Para 1980, los esfuerzos de las FLN por consolidar su presencia en la selva chiapaneca y por establecer una sólida red urbana de abastecimiento habían rendido sus frutos. Dada esta situación, en 1980 las FLN consolidan su Buró Político y formalizan sus estatutos y normas internas en un documento que recoge todas las tesis políticas, lineamientos y principios organizativos planteados en los comunicados internos de las FLN desde 1969 a 1980.

Es en este documento de estatutos donde se hace mención por primera vez del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El estatuto concibe al EZLN como un ejército popular, destinado a operar en las zonas rurales, que tendría como tarea, vincular a las FLN con las masas trabajadoras del campo, combatir frontalmente al ejército, liberar territorio para instalar zonas con autoridades revolucionarias populares, y extender sus frentes de combate hasta unirse con otros frentes de combate del EZLN establecidas en otros puntos del país y con las células urbanas de las FLN denominadas como “Estudiantes y Obreros en Lucha”.

Establecidas las redes de abastecimiento a nivel nacional, las primeras bases de apoyo a nivel local, así como el reglamento interno que establece sus obligaciones y define su estructura organizativa, la Dirección Nacional de las FLN ordena el despliegue del primer campamento del EZLN, tarea que se concreta el 17 de noviembre de 1983.

Esta fecha, marca el punto de partida de los acontecimientos narrados en el cuaderno cuatro de la serie, titulado “Toma de pueblos”.

La historia en pugna

Tal y como sus autores lo definen, la intención de la serie de libros publicados, tiene como propósito dignificar la memoria de las FLN, cuya historia, al igual que la de otras organizaciones político-militares, por muchos años estuvo manchada por la visión policiaca maquilada desde los sótanos del Estado y que logró infiltrarse en los discursos de la izquierda electoral y en los primeros trabajos periodísticos, los cuales adjudicaban al delirio y fanatismo ideológico el actuar de jóvenes, campesinos, obreros y profesionistas que decidieron organizarse en grupos político-militares para enfrentar a un sistema capitalista autoritario, opresivo, represor y explotador.

En el caso específico de las FLN, su papel dentro del proceso organizativo del EZLN por muchos años quedó en las sombras. En un principio, y tal como el prólogo del libro cuatro de la serie lo relata, esto se debió a un recurso estratégico que buscaba proteger a la organización de la maquinaria represiva del Estado y sus aparatos de inteligencia policiacos y militares. Sin embargo, con el tiempo, la narrativa zapatista borró de su historia gran parte del trabajo realizado por las Fuerzas, llegando, a lo mucho, a reivindicar a los compañeros caídos en Nepantla y a los detenidos-desaparecidos del Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata.

Ejemplos de esta narrativa pueden ser verificados en dos fuentes diferentes. La primera es el libro de Gloria Muñoz Ramírez: “20 y 10, el fuego y la palabra”, donde, en su introducción, se le justifica al lector la existencia de espacios vacíos en la historia de origen del EZ a causa de la magnitud del trabajo emprendido. Sin embargo, los testimonios de los combatientes entrevistados, sí dan testimonio del trabajo organizativo realizado por las Fuerzas y cómo los Comisarios Políticos realizaron la labor de incorporación de pueblos enteros a las filas del ejército.

Otro ejemplo es “El Sueño Zapatista”, de Yvon Le Bot, el cual, pese a los esfuerzos del sociólogo francés por indagar en la historia de origen del EZLN, recibe como respuesta de su principal fuente: Rafael Sebastián Guillén Vicente, distintas evasivas, donde en la historia de la conformación del EZ estaba una organización guerrillera urbana marginal, abandonada a su suerte en una montaña chiapaneca y que, a causa de un contacto casi espiritual con El Viejo Antonio, se ve orillada a transformar toda su plataforma política, ideológica y estratégica.

Ya desde aquí, se advierte el cambio ideológico, político y estratégico que llevó al EZLN de ser una organización político-militar a una organización civil.

Fuera de la narrativa zapatista, únicamente dos trabajos habían abordado la historia y papel de las FLN: “La rebelión de las Cañadas” y “Marcos, la Genial Impostura”. Ambos trabajos, si bien contienen información que hoy día ya ha sido corroborada por los compañeros, su principal fuente fueron los expedientes de la inteligencia del Estado mexicano, nutridos a causa de la información filtrada por el traidor Salvador Morales Garibay, el Subcomandante Daniel. Por ello, la información utilizada en estos trabajos, es manejada de manera tendenciosa, tergiversada para construir una narrativa donde se presenta a las FLN como una

organización de extrema izquierda apoyada por extranjeros y que engañó y manipuló a los indígenas.

Por ello, las FLN se han propuesto a dignificar su historia. No solamente porque el Estado mexicano ha evitado que este aspecto de nuestra historia reciente se conozca, sino también, para hacer justicia y colocar en su debido lugar a los actores que fueron partícipes de este proceso y cuyo trabajo, desgraciadamente, ha sido desplazado e invisibilizado por la narrativa neo zapatista. Y por justeza histórica, es necesario colocar a cada actor en su respectivo lugar. No solamente a las FLN, sino también a organizaciones como la OCEZ, que en 1992 desarrollaron aquella emblemática protesta en San Cristóbal de las Casas que tuvo como resultado la caída de la estatua del conquistador Diego de Mazariegos y que, años después, Guillén Vicente adjudicaría al EZ.

Por ello, como mencionan las FLN, aquí no se habla del Viejo Antonio, pero si se habla del trabajo hecho por Rodrigo, Gabriela, Frank, Jeremías, Elisa, Irene, Jacinto, Verónica y otras compañeras y compañeros. Mujeres y hombres de carne y hueso que dedicaron años de su vida a la construcción de la revolución. Al trabajo político permanente, a la formación de base política, bases de apoyo e infraestructura de guerra.

Se nos presenta la construcción de una organización revolucionaria no desde la mágica toma de conciencia y la organización espontánea y casi milagrosa de las comunidades en un ejército con la capacidad de darle pelea al ejército mexicano por más de diez días, sino desde el proceso organizativo que significó el reclutamiento selectivo de los mejores individuos, la construcción de un sistema educativo para formar comisarios políticos y milicianos, la creación de una infraestructura de guerra a nivel nacional, el trabajo a nivel nacional con obreros y campesinos y, principalmente, la transición de una organización clandestina a un partido revolucionario, el cual tomó la decisión, por unanimidad, de iniciar el combate contra el enemigo la fecha del primero de enero de 1994.

Así mismo, se nos presenta a una organización que de principio a fin, aplicó los lineamientos teóricos y prácticos del marxismo no desde una perspectiva rígida, inflexible y cerrada, como los simpatizantes del neozapatismo gustan argumentar en sus personalísimos análisis de la organización, sino desde la base de las condiciones reales de nuestro país, teniendo claro que el sujeto revolucionario eran tanto los pueblos indígenas como los campesinos mestizos de

otras regiones del país, los obreros, los estudiantes y profesionistas con perspectiva de clase que trabajaban activamente en diferentes procesos de lucha en distintas ciudades del país.

Todo esto, y más, se encuentra en esta serie, de la cual recomendamos su lectura y, principalmente, su aprendizaje, pues contiene lecciones grandiosas sobre el trabajo organizativo, trabajo que derivó en la consolidación de uno de los movimientos armados más importantes de la historia contemporánea de México, llevado a cabo por una de las organizaciones cuyo método de trabajo le permitió resistir y sobrevivir a la embestida contrainsurgente.

Los tiempos han cambiado, y afortunadamente, actualmente contamos con más trabajos bibliográficos que toman en cuenta la voz de los protagonistas de la historia, tales como “50 años de lucha armada revolucionaria y 50 preguntas”, editados por el Partido Democrático Popular Revolucionario – Ejército Popular Revolucionario; “FRAP 40 años, FRAP: Estrategia, Táctica, Los Ojos de la Noche, Nos Volveremos a Encontrar y La Fuga de Oblatos” editados por el Taller Editorial La Casa de Mago, la gaceta mensual “Vivir Para Contarlo” editada por el Colectivo Sobrevivientes de la Guerra Sucia, y algunas tesis como “Violencia y Resistencia, La Guerrilla en Veracruz” de Gerardo Alarcón Campos.

Las FLN abiertamente ha compartido su historia y experiencia de lucha con las nuevas generaciones a través de la apertura de sus archivos organizativos. Este esfuerzo nos permite dignificar las historias de incontables compañeras y compañeros que decidieron entregar más que la vida a la lucha revolucionaria. Nos ofrece la oportunidad de arrebatarle al Estado las narrativas tendenciosas y criminalizadoras que alejan del conocimiento de nuestro pueblo estas historias, su aprendizaje y asimilación para los futuros procesos de lucha y resistencia.

Más aun, estas obras, así como las declaraciones de los ex combatientes de las FNL, deben ser tomadas como una revisión crítica a una historia que merece ser contada en su justa dimensión. Una historia que también debe romper de una vez y para siempre con las visiones románticas que, pese a ofrecer esperanza y motivación a viejos y nuevos activistas, plantean proezas individuales imposibles de replicar y, para algunos, imposibles de creer.

Pocos con la suficiente información serían capaces de negar los logros del EZ, pero este reconocimiento implica también la comprensión del porqué de los cambios en el proyecto,

para hacer frente a quienes buscan valerse de las inconsistencias históricas para negar su utilidad e importancia, en busca del aniquilamiento de esta forma legítima de lucha de los oprimidos.